



El rompecabezas de Afganistán: hacia la construcción de un Estado

Josep Baqués Quesada

Athena Intelligence Journal
Vol. 3, No 4
Octubre - Diciembre de 2008
www.athenaintelligence.org

El rompecabezas de Afganistán: hacia la construcción de un Estado

Josep Baqués Quesada
(Universidad de Barcelona)

Resumen:

En este artículo se aborda la difícil situación afgana, caracterizada por las rivalidades étnicas, por la aparición de radicalismos religiosos y por la presencia de intereses de otros actores internacionales. Todo ello dificulta el logro del que debería ser el primer objetivo: que Afganistán llegue a ser un Estado (que verdaderamente funcione como tal). De hecho, últimamente la situación se ha deteriorado. Este análisis plantea un marco para la acción que asume que los conflictos complejos requieren de soluciones complejas. No vale aludir a vías militares, económicas, políticas o ideológicas. La solución pasa por integrar esos y otros aspectos en un escenario único, de tipo poliédrico

Palabras clave: Construcción del estado, contrainsurgencia, relaciones internacionales, Afganistán

Abstract

This article addresses the difficult Afghan situation, which is characterized by ethnic rivalries, the emergence of religious radicalisms and the presence of interests from other international actors. All this hinders the achievement of what should be the immediate goal: that Afghanistan becomes a State (which truly functions as such). In fact, lately the situation has deteriorated. This analysis poses a framework for action that assumes that complex conflicts require complex solutions. It is not valid to allude to individual military, economic, political or ideological tracks. The solution goes through integrating these and other aspects in a unique, polyhedral type of scenario

Key words: policy making, state-building, counterinsurgency, international relations, Afghanistan

Disponible en internet: <http://www.athenaintelligence.org/aij-vol3-a17.pdf>

English title: The Afghanistan Puzzle: Towards the building of a State

Josep Baqués Quesada es Doctor en Ciencia Política y Profesor del Departamento de Derecho Constitucional y Ciencia Política de la Universidad de Barcelona. E-mail: jbaquesq@ub.edu

1. Antecedentes inmediatos¹

Es de todos conocido que el de Afganistán es un conflicto especialmente complejo. Esa complejidad suele atribuirse a las peculiaridades del país en el que se plantea el conflicto. Pero, más allá de los tópicos, debe ser adecuadamente codificada, en clave académica. Por una parte, nos encontramos ante un Estado étnicamente heterogéneo. Uno más, podríamos pensar. Ciertamente, pero uno que mantiene sobre la mesa rivalidades internas tan fuertes que ni siquiera la exitosa resistencia contra el ocupador soviético pudo salvarlas (Vilanova, 2006: 86). Por otra parte, estamos ante una tierra indómita, siempre apetecida pero nunca completamente dominada por ninguna de las grandes potencias. Esto da idea del talante de sus habitantes. En realidad, algunas tribus afganas han hecho de la guerra (de guerrillas) y de los factores económicos asociados a ella –incluyendo diversos tráficó ilícitos- un *modus vivendi*.

Por añadidura, eso que en occidente definimos como cultura política democrática –en realidad, liberal-democrática- brilla por su ausencia. No es un reproche. La democracia es una anomalía histórica, medida en clave empírica. Su consolidación es muy reciente, incluso en los países occidentales que hoy más alardean de ello. Simplemente, conviene no perder este dato de vista. Por último, no podemos perder la perspectiva de la ubicación geográfica del país. Es –siempre lo ha sido- un país de encrucijada. Pero no se trata sólo ni principalmente de un objeto de preocupación por parte de las grandes potencias mundiales. De hecho, de un tiempo a esta parte, los intereses de actores regionales tan relevantes como Pakistán, Irán, e incluso Arabia Saudita, se han dejado notar. Aunque no siempre de la manera que mejor podría contribuir a la paz en Afganistán.

Los últimos años del siglo XX vinieron a complicar más, si cabe, esta situación. La llegada en masa de los talibanes y su indisimulado apoyo a los terroristas de Al'Qaida ha convertido Afganistán en blanco de las iras norteamericanas, sobre todo tras el 11-S. A su vez, la necesidad de enviar tropas y suministros a esas latitudes una vez tomada la decisión de intervenir militarmente sobre el terreno, ha contribuido a que muchos países de la zona se vean directa o indirectamente afectados por, digamos, la onda expansiva del conflicto afgano. El caso más evidente es, de nuevo, el de Pakistán. Pero no es el único. Trasladar recursos materiales y humanos a Afganistán –que no limita con el mar- requiere transitar o sobrevolar espacios de Estados con una situación geopolítica también complicada. Y no siempre son proclives a atender las demandas estadounidenses al respecto. Pakistán sí se presta a ello. Al menos sobre el papel. Lo que no puede negarse es que desde la intervención estadounidense en 2001 hasta la actualidad muchos soldados pakistaníes han caído en el intento de impermeabilizar una frontera demasiado permeable. Sólo en 2006, 1.700 militares murieron en este empeño. Evidentemente, se puede añadir que ese esfuerzo podría ser más intenso. Es más, en algunas ocasiones el gobierno de Musharraf demostró muy poca predisposición a ayudar al

¹ Este artículo ha recibido una ayuda a la investigación del programa de becas integradas Ruy de Clavijo 2008, concedida anualmente por Casa Asia.

gobierno de Karzai en la caza y captura de cuadros talibanes residentes en Karachi, Peshawar o Quetta. Valga como botón de muestra que cuando Karzai visitó Pakistán, en 2006, a Musharraf le fue entregada una lista con 150 de esos nombres... pero él espetó que no se fiaba de la inteligencia afgana (sic).

El inconveniente es que Pakistán está contra la espada y la pared, seguramente debido a su dilatado doble juego entre los intereses de las potencias occidentales y la condescendencia para con los sectores islamistas más radicales. Es verdad. El caso es que en poco más de un año se calcula que las víctimas de la violencia islamista en el interior de Pakistán ascienden a 1.200. Aunque estamos acostumbrados a que cada conflicto de esa región eclipse al resto, la situación que actualmente se vive en Pakistán es ya muy cercana a la de guerra civil. Algunos analistas opinan que un mayor celo pakistaní en la destrucción del santuario de Al'Qaida no tendría el éxito garantizado mientras que, por el contrario, "tales esfuerzos pondrían en peligro su estabilidad, e incluso su propia existencia como Estado" (Aláez, 26: 52).

Así las cosas, el paso de Khyber es en nuestros días casi tan inseguro como lo era cuando hace un siglo y medio fue testigo de piedra del exterminio de más de 15.000 soldados británicos. La solución alternativa más verosímil (que, de hecho, se ha decidido emplear, desde abril de 2008) consiste en utilizar como base el territorio de algunas antiguas repúblicas ex soviéticas. Es lo que se conoce como la "ruta del norte"². Con lo cual, el conflicto de Afganistán también ha contribuido a incrementar el interés de Washington por Estados que de otra manera hubieran permanecido algo más lejos de su punto de mira (Cornell, 2008: 190). De esta forma, Afganistán es un país ciertamente "salpicado" por litigios ajenos, pero también está empezando a ser vislumbrado como un Estado capaz de "salpicar" a terceros.

El cóctel que surge de la combinación de todos estos factores no es fácil de digerir. Bien mezclado, nos ayuda a comprender muchos de los problemas por los que atraviesa este país, las presiones que recibe, las intrigas a las que tradicionalmente se ha visto sometido y el hecho, en fin, de que actualmente sea uno de los puntos más calientes del planeta. Como también nos ayuda a asimilar algunos sucesos que creo son algo más que meras anécdotas sangrantes, como que la mayoría de máximos dirigentes afganos han terminado sus días violentamente, ya sea derrocados por la fuerza o, directamente, asesinados. Por último, nos invita a pensar que el camino que queda por recorrer será largo y difícil. Sin garantías de que las gentes del lugar puedan continuar con el proceso de importación de la democracia en el que se hallan inmersos, en muchos casos sin saber muy bien por qué.

No pienso ir a buscar las claves históricas del actual conflicto demasiado lejos. Pero tampoco creo que sea útil hacer un trabajo puramente periodístico, con

² Aunque de momento es una solución parcial, que incluye el tránsito de equipos no bélicos, entre los que se incluye el combustible. La verdad es que el equipo pesado sigue llegando a través de la ruta Karachi-Jalalabad-Kabul.

noticias frescas, pero limitadas en su profundidad y con una visión a corto plazo de las cosas. Por eso, voy a dedicar algunos párrafos a desbrozar en la medida de lo posible el aparente caos afgano. Para ello, sí considero conveniente hacer referencia a algunos acontecimientos del pasado (reciente) de dicho país. Sobre todo en la medida que sirven para entender mejor lo que hoy en día está pasando.

Lo primero que hay que tener en cuenta que Afganistán no conoce fórmulas pluralistas hasta mediados de los años 60 del siglo XX. En ese momento, el hasta entonces monarca absoluto, Zahir Khan, decide permitir la existencia de partidos políticos en un intento de preservar la institución monárquica mediante dicho reconocimiento público. Esta especie de “huída hacia delante” durará unos 10 años (desde 1964 hasta su destitución, en 1973). Para los analistas tiene la ventaja de que se trata de un primer rayo de luz que permite entender algunas claves de esa sociedad.

Efectivamente, lo que entonces sale a la superficie es muy significativo: ya emergen dos líneas políticas principales, una laica (y socialista); otra islamista (muy tradicionalista y hasta fundamentalista). A su vez, cada una de estas grandes opciones aparece *rota por dentro* desde el principio. Por ejemplo, en el sector laico y laicista, representado por el PDPA (Partido Democrático del Pueblo Afgano) que es en realidad una formación de corte socialista a la vieja usanza, surge una línea que defiende el entendimiento entre la clase obrera-campesina y las clases medias, intelectuales y militares (facción *Parcham*, liderada por Babrak Karmal) y otra caracterizada por la intransigencia en la defensa de una revolución proletaria sin concesiones (facción *Khalk*, liderada por Taraki). Lo interesante, sociológicamente hablando, es comprobar que detrás de cada una de ellas, y de esas pantallas ideológicas, se distingue la subdivisión étnica entre el colectivo pastún (facción *Parcham*) y el formado por las principales etnias no pastunes -sobre todo tadyikos y hazaras- (facción *Khalk*). Algo similar acontece en el sector islamista, que aparece dividido en dos entidades principales, a saber, la asociación islámica (Jamiat-e Islami) y el partido islámico (Heb-e Islami). La primera, liderada por el tadyiko Buranuddin Rabbani; la segunda, por el pastún Giulbuddin Hekmatyar...

Esto expresa bien el peso específico de lo étnico en Afganistán, así como su capacidad para aglutinar lealtades cruzando transversalmente las otras divisiones de tipo ideológico y/o teológico. Con lo cual se estaría generando una especie de cuadrícula de la discordia por combinación de esas variables. Claro que, como digo, el interés de esta primera mirada a la sociedad afgana radica en mostrar que debemos tener mucho cuidado con las ecuaciones demasiado fáciles. Porque ni todos los pastunes son fundamentalistas islámicos (o, a fortiori, talibanes), ni son los únicos actores relevantes en el panorama político afgano, ni resulta extraño un alineamiento de pastunes y colectivos no pastunes sobre bases distintas de las sostenidas por quienes desearían ver el advenimiento de un Afganistán radicalizado en términos teológicos. Se trata, como mínimo, de saludables ejercicios mentales que no deberíamos abandonar puesto que su traslación a la práctica es del todo factible, que no necesariamente fácil.

En todo caso, los cambios experimentados a lo largo de los años sesenta y setenta desembocaron en el dominio político de la opción laico-socialista, gracias primero al apoyo indirecto de la URSS, y después de 1979, a su intervención militar sobre el terreno³. Al final de este proceso, convulso y con varios cambios violentos de gobierno de por medio, Babrak Karmal se hace con el poder. A tenor de lo dicho hasta ahora, puede colegirse que, con él, las tribus pastún también certifican la relevancia que siempre han creído merecer por el hecho de ser la etnia mayoritaria (entre un 35% y un 40% de toda la población afgana, según estimaciones). Situación que, por otra parte, ya habían detentado en las décadas anteriores, por oposición a esa miríada de etnias minoritarias que componen Afganistán⁴. Con todo, la particular cuadrícula afgana nos ha mostrado que los pastunes están divididos entre sectores laicos y sectores islamistas. Esto contribuye a explicar que los sucesivos gobiernos pro-soviéticos tuvieran que ver como algunos líderes de su propia etnia los hostigaban armas en mano. Pero, sobre todo, también vieron como otras etnias se iban estructurando políticamente y asumían gran protagonismo en esa lucha por la independencia⁵.

Paradójicamente, pues, un proceso que estaba pensado para enterrar las ansias islamistas en Afganistán, les sirvió de acicate. Y un proceso que prometía certificar el dominio pastún, terminó por cercenarlo. Todo lo cual provocó que a la caída del régimen prosoviético (suceso acaecido sólo en 1992, tres años después de la marcha de las tropas de la URSS) no le sucediera una etapa de consenso político, paz y estabilidad institucional, sino todo lo contrario. Más bien se trataba de una prolongación de la guerra civil afgana. Efectivamente, la participación de ciertos grupos no pastunes en la derrota de Moscú fue decisiva. Cabía esperar, por ende,

³ Siguiendo los comentarios de Pere Vilanova al respecto, creo que la explicación más verosímil sobre las auténticas causas de la invasión soviética es la que en su día ofreció el propio Gorbachev (vid. Vilanova, 2006). Por lo visto, a la URSS no dejaba de preocuparle la debilidad del gobierno laico-pro-soviético existente desde 1973 hasta el momento de la invasión del ejército rojo. Sobre todo, frente a las acometidas, cada vez más violentas, del colectivo islamista de la sociedad afgana. Pero, más allá de esta preocupación digamos, en abstracto, hubo dos factores que contribuyeron sobremanera a la toma de esa decisión. A saber, por una parte, el temor a la reproducción en Afganistán de algo similar a la recientísima revolución islámica en Irán (pero en versión sunnita, lógicamente) así como el efecto simpatía que esto podría tener en las vecinas repúblicas soviéticas de confesión musulmana. Por otra parte, el hecho de que por aquel entonces los países que apoyaban a las facciones anti-comunistas afganas eran Arabia Saudita y Pakistán. Esto es, aliados de los Estados Unidos. Ni que decir tiene que la mera posibilidad de que Afganistán cayera en la órbita occidental, en plena guerra fría, no era de recibo para Moscú.

⁴ Afganistán se constituye como Estado moderno en el siglo XVIII y en esa época era básicamente pastún. Sin embargo, a lo largo del siglo XIX las presiones británicas y la propia ambición provocaron su expansión hacia el norte, tomando como referente el río Oxus. Fue a partir de ese momento que tierras pobladas por hazaras, tadjikos, uzbekos llegaron a formar parte de Afganistán.

⁵ Es probable que el mero hecho de verse sometido a un poder central con demasiadas ínfulas ya sea un factor controvertido para muchas tribus afganas, acostumbradas como están a no depender de autoridades extrañas, ni a verse excesivamente encasilladas por ellas.

algún tipo de reconocimiento post-conflicto. Pero la medida del mismo, en una sociedad tan quebrada como la afgana, prometía traer complicaciones. Como así fue. De esta manera, algunos análisis asumen que cabe situar el origen del descontento vigente en la decepción que tuvieron los pastunes al comprobar que en el Tratado de Génova de 1989, que virtualmente ponía fin a la guerra y a la presencia soviética en suelo afgano, sus posiciones estaban mal representadas, mientras que las de otros grupos muyahidines habrían sido desproporcionadamente atendidas (Aláez, 2006: 45). Es necesario que nos detengamos un momento para comprobar la complejidad de la situación vivida a lo largo de estos últimos quince años, y que alcanza hasta el día de hoy.

Ocurre que a principios de los años noventa, y antes de la llegada de los talibanes, el escenario socio-político afgano incluía la presencia de diversos actores con otras tantas sensibilidades, que mantienen una delicada situación de cooperación-conflicto entre todos ellos. Sin ánimo de ser exhaustivo, lo primero que cabe destacar es el peso específico logrado por Jamiat-e Islami, ese viejo partido liderado por Rabbani y ahora también por el líder guerrillero Massud. Ubicado principalmente en el valle del Panshir, suele ser considerado como el máximo exponente de la pujanza tadjika en la alta política afgana. Sin perjuicio de lo cual, otros grupos étnicos, como los nuristanos, también nutrieron de efectivos a lo que en ocasiones se conoce como la Alianza del Norte y compartieron intereses con los tadjikos. Por otra parte, a su beligerancia anti-soviética se le unirá, algunos años después, una hostilidad no menos clara contra los talibanes, mayoritariamente pastunes. En realidad, se trata de una disputa entre “creyentes” y, para más inri, entre creyentes sunnitas. Un ejemplo más, por ende, de las dinámicas transversales antedichas⁶.

Pero Heb-e Islami no se quedó atrás. Aunque mayoritariamente pastún, el grupo todavía liderado por Hekmatyar combatió eficazmente contra el gobierno laico de Kabul. Durante muchos años recibió todo tipo de apoyos desde Pakistán –y también desde los Estados Unidos- hasta que en la coyuntura de la guerra del golfo de 1991 decidió alinearse con las posturas de Saddam Hussein. Nada volvió a ser lo mismo para él y sus acólitos, dada la línea oficial sostenida al respecto por el gobierno de Islamabad (Vilanova, 2006: 90). Lo que sucede es que en el ínterin habían aparecido otros grupos, como las milicias uzbekas de Rashid Dostom, o como los hazaras del centro del país, que comenzaban a articularse políticamente. Los hazaras son una minoría chiíta muy concienciada y tradicionalmente maltratada por la aplastante mayoría sunnita afgana. Por último, entre los más relevantes, el grupo Intihad-e Islami liderado por Abdul Sayyaf, entró en escena con un discurso también sunnita, en su variante wahabista. Se puede decir que mientras Hekmatyar era el hombre fuerte de Islamabad, Sayyaf era el mejor delegado posible del

⁶ No fueron las únicas dinámicas transversales a tener en cuenta. También podríamos añadir el hecho de que muchos de estos grupos estaban interesados, sobre todo, en deconstruir los esfuerzos soviéticos por crear en Afganistán una elite técnica, urbana y, digamos, “moderna”. De hecho, con ello esperaban romper la estructura tribal tradicional, que es el substrato que viene generando muchos de los actuales problemas.

gobierno de Ryad en Afganistán. De hecho, se sabe que Arabia Saudita financiaba sus operaciones.

Por si faltaba algún ingrediente, los primeros años noventa también vieron el resurgimiento de grupos monárquicos conservadores, pero esta vez occidentales. Grupos que, no por casualidad, tuvieron una corta vida. Con todo, el más significativo de ellos, el Jabba, liderado por Modjadedi, aportó el primer jefe de Estado al primer gobierno afgano independiente post-soviético. Nada menos. Con eso se le daba un toque laico a dicho gobierno. Pero con el fin de respetar el resto de sensibilidades se optó por ubicar en los demás puestos relevantes a dos líderes islamistas cuya trayectoria ya conocemos: el pastún Sayyaf como primer ministro y el tadyiko Massud como ministro de defensa. La cuestión es que un gobierno que no puede gobernarse a sí mismo no puede gobernar un Estado. Y la guerra civil continuó.

Este es el enredo existente en el momento de la llegada de los talibanes, hecho acaecido a partir de 1994 (con la toma de Kandahar en noviembre)⁷. Precisamente, su empuje inicial se explica a partir de la promesa de poner punto y final a esa situación de crisis permanente en la que se hallaba –y en gran medida todavía se halla– sumido el país. Ellos traían el orden. O eso decían. Es más, esa loable intención hizo que en un principio los talibanes fuesen bien recibidos por muchos afganos que no necesariamente compartían su forma de pensar, deseosos como estaban de terminar con la pesadilla de años de violencia. La evolución posterior de la conducta de los talibanes en el poder es, lógicamente, harina de otro costal...

Es consabido el hecho de que los talibanes fueron formados, sobre todo, en las *madradas* pakistaníes, con el beneplácito de un Estado que les servía de santuario y de lanzadera hacia Afganistán. Y que incluso les proporcionó armamento pesado. De hecho, se baraja la hipótesis de que el gobierno de Islamabad canalizara de este modo su desconfianza hacia esos otros colectivos pastunes que priorizaban el nacionalismo de base étnica sobre el hecho religioso. ¿La explicación? Muy sencilla: Pakistán temía –y teme– que los pastunes de los dos lados de la frontera con Afganistán se unan para crear una entidad política propia, algo así como un “Pasunistán”.

En realidad, los pastunes de Pakistán han estado muy integrados en sus instituciones políticas, e incluso en sus Fuerzas Armadas, aunque esto fue especialmente cierto en la etapa del dominio británico. Los años cincuenta, tras la independencia, vieron cierto declive de esta situación. A fortiori, los pastunes que viven en la frontera suelen tener un sentimiento de inferioridad frente a la élite punjabi –mayoritaria en su país– que siempre ha dominado Islamabad⁸. Es evidente que una maniobra de este tipo debilitaría a Afganistán, pero también al propio

⁷ En realidad, Kabul no fue ocupado por los talibanes hasta casi dos años después, en septiembre de 1996.

⁸ Si bien no se trata de un asunto meramente psicológico, claro. Ocurre que las pastunes pakistaníes de la frontera se quejan de la falta de inversiones de Islamabad, atribuyéndole a ese hecho sus dificultades para mejorar la agricultura y desarrollar la industria.

Pakistán, ya que perdería una parte sustancial de su actual territorio. Así que es poco conveniente forzar las cosas hasta ese punto. Por el contrario, los talibanes son pastunes con una concepción panislámica y, por ende, integracionista antes que separatista (Harrison, 2008: 3). Al menos, ésta era la esperanza sobre la que se cimentaban las intrigas pakistaníes en los primeros años noventa. Pero en la práctica no es descartable que la idea de la integración manejada por los talibanes tenga como primera parada esa unidad política del pueblo pastún más allá de la actual distribución de fronteras estatales⁹.

Por otra parte, enseguida se pudo comprobar que los métodos empleados por los talibanes eran cualquier cosa menos pacíficos. De hecho, los libros que les dan nombre llegaron acompañados de un fuerte despliegue de blindados y de artillería. En este contexto, y a título de significativo ejemplo, los hazaras contemplaron atónitos que una de las medidas iniciales de los talibanes fue incendiar la mezquita chiíta de Kabul, para luego dedicarse a una persecución sistemática de los chiítas afganos. La situación se complica más, si cabe, ante esta nueva variable. Como consecuencia de ello, no mucho después de que Pakistán y Arabia Saudita reconocieran la legitimidad del nuevo gobierno talibán –gesto en el cual se quedaron prácticamente sólo en el mundo, por cierto- Irán amenazó con intervenir militarmente para frenar lo que parecía un genocidio en ciernes. Por su parte, los uzbekos también tuvieron serios problemas y se opusieron a la nueva elite taliban de forma homogénea. Sin embargo, los talibanes se impusieron, como lo prueba el hecho de que en el momento de la entrada de las tropas de la coalición occidental, liderada por los EEUU (en el otoño de 2001) sólo los allegados de Massud¹⁰ podían afirmar que aún dominaban una parte del territorio afgano, atrincherados como estaban en sus feudos del Norte. Realmente, sólo ellos podían considerarse sucesores de algo semejante a un Estado afgano que pudiera reclamar para sí la herencia de quienes expulsaron a los soviéticos en 1989.

2. Situación actual

La operación *Libertad Duradera* llevada a cabo por los Estados Unidos previa invocación del a-51 CNU desalojó a los talibanes del poder mediante el empleo de la fuerza. Lo primero que llama la atención es la relativa facilidad con que lo hicieron. Ni siquiera fue necesario empeñar grandes cantidades de tropas. Así que en noviembre de 2001 el *régimen taliban en cuanto tal* había dejado de existir. La verdad es que muchos líderes locales pertenecientes a las diversas etnias no-pastunes apoyaron la intervención internacional puesto que, con el pasar de los años, “se sintieron amenazados por una nueva hegemonía pastún” (Vilanova, 2006: 91). Lo relevante del caso es que hubo grupos pastunes que tampoco veían con buenos ojos la

⁹ En la práctica, como indica Harrison, los talibanes se negaron a reconocer la actual frontera entre Afganistán y Pakistán, contrariando así las expectativas del gobierno de Islamabad que tanto los había apoyado y dejando la puerta abierta a futuras intrigas transfronterizas. De ahí, también, que la actual postura pakistaní en relación con los talibanes sea sinceramente menos condescendiente que en épocas pretéritas.

¹⁰ El propio Massud fue asesinado dos días antes de los sucesos del 11-S, todo parece indicar que por cuenta de Al'Qaida.

presión ejercida en sus asuntos por los talibanes, tanto en el aspecto religioso –dado su radicalismo–, como por las pegadas que al principio ponían a sus cultivos de opio (Calvo Albero, 2007: 2-3). Todo ello contribuyó sobremanera al éxito fulgurante de dicha operación.

Lo cual no significa, por supuesto, que *los talibanes* hayan sido desalojados de Afganistán. Lejos de ello, *siguen siendo un actor relevante*. En realidad, los principales líderes de la organización, acompañados de activistas de Al'Qaida pudieron refugiarse en la frontera pakistání, precisamente en la zona controlada por los pastunes, caracterizada por un escaso control de las fuerzas armadas de Pakistán. Es más, en los últimos dos años puede apreciarse una recuperación de dichos colectivos. Incluso territorialmente. Según fuentes de ISAF, aproximadamente la mitad de lo que abarca Afganistán debe ser considerado como zona con “presencia talibán alta”. Ese espacio se prolonga virtualmente hasta los arrabales de Kabul¹¹. En este punto, no podemos olvidar que el objetivo principal de la operación *Libertad Duradera* no era, en sí mismo considerado, un cambio de gobierno. Eso puede parecer un dato espectacular, e incluso puede ser visto como la condición de posibilidad de los verdaderos logros a alcanzar. Pero el objetivo principal era la desarticulación del santuario de Al'Qaida, sostenido al amparo del auge político e ideológico talibán. Y esta es una historia sin un final definido. Al menos por ahora. Eso significa que el reto sigue estando sobre la mesa.

Hay que tener presente que en esa tesitura se mezclan varias cuestiones: la lucha contra los grupos terroristas y la necesaria reconstrucción del Estado en Afganistán. Claro que, en realidad, se trata de hechos complementarios. Lo primero sin lo segundo puede ser el equivalente a una miríada de éxitos tácticos sin mayor trascendencia estratégica. Sólo un Estado fuerte, capaz de ejercer eficazmente el monopolio de la violencia legítima weberiano, puede llegar a constituirse en una suerte de dique capaz de dificultar y de limitar la actividad terrorista a medio y largo plazo. Con ello, Afganistán dejaría de ser un santuario.

Con el fin de cumplir ambos objetivos, las fuerzas de intervención se subdividieron entre las asignadas a la operación *Libertad Duradera* y las asignadas a la coalición *ISAF*. Estas últimas están especialmente vocacionadas a actuar como fuerza de estabilización. La autorización inicial de Naciones Unidas (resolución 1386/2001 de 20 de diciembre) sólo suponía un despliegue capaz de garantizar el mantenimiento de la seguridad en Kabul y sus alrededores. Nuevas resoluciones (v.gr. 1510/2003 de 13 de octubre) supusieron una extensión geográfica de dicha autorización, mediante la puesta en marcha de una primera gran oleada de 9 PRTs (Mazar-e Charif, Maimana, Faizabad, Baghlan –año 2004–; Herat y Ferah –mayo 2005–; Chagheharan y Qal'eh-Now –septiembre 2005–).

¹¹ Como comenta Calvo Albero, en realidad lo que ha venido ocurriendo es que los talibanes son fuertes allí donde a las tribus pastún les conviene tenerlos como aliados. Así las cosas, entre 2001 y 2004 su presencia fue mínima, debido a que esas tribus les negaron su apoyo. La situación ha variado, como iremos viendo, con posterioridad. Pero debería tenerse en cuenta que, en última instancia, podría aludirse a zonas dominadas por milicias pastún opuestas al gobierno.

El líder local escogido para llevar las riendas de la transición hacia una auténtica democracia liberal fue Hamid Karzai. Un pastún. Pero un pastún que, por una parte, es capaz de apoyarse en otras etnias, y notoriamente en los tadjikos. Y, por otra parte, es capaz de buscar un equilibrio entre las legítimas posiciones del Islam y una opción política secular. Su postura es, en este sentido, abiertamente anti-taliban. Si esta propuesta saliera bien, la cuadrícula de la discordia afgana saltaría en mil pedazos y por fin se podría consolidar un Estado multiétnico basado en la tolerancia religiosa (que no necesariamente en el laicismo). Pero, ¿por qué tiene que salir bien? Karzai tiene la historia en su contra. Tiene las de perder. Ciertamente, ya podemos observar que las cosas no están sucediendo según lo previsto en la hoja de ruta. Del (precipitado) optimismo inicial se ha ido pasando a un (razonable) escepticismo. Los últimos tiempos han visto un recrudecimiento del rechazo local a este proyecto político tutelado, no lo olvidemos, por extranjeros. Más o menos bien intencionados, pero extranjeros en definitiva. Algo que no casa bien con ese talante afgano, *lato sensu* considerado, que traía a colación en los primeros párrafos de este análisis.

En este sentido, la primera toma de contacto afgana con la práctica democrática tiene un sabor agridulce. Dulce, porque se han podido llevar a cabo diversos procesos electorales que, por cierto, han ratificado y legitimado a Hamid Karzai, según lo esperado. Una buena noticia para la coalición occidental, sin duda. Cabe añadir que también para Afganistán. Pero no tanto. Efectivamente, el sabor agrio es perceptible por varias razones. Por la constatación (previsible) de que en Afganistán no existe cultura política democrática alguna -esa credencial no se obtiene por el mero hecho de depositar una papeleta en una urna de vez en cuando- lo cual ha redundado en graves problemas tanto para las élites políticas como para los electores, como para la comunicación entre ambos, pese a los cursillos acelerados organizados por Naciones Unidas; por la constatación (también previsible, dadas las circunstancias) de que en algunas provincias los talibanes boicotean el proceso poniendo en riesgo la imparcialidad de los resultados y, en ocasiones, el proceso mismo, siendo esto especialmente evidente en la zona de Kandahar y en la provincia de Helmand, que son sus feudos por antonomasia; y por la constatación, matizadamente distinta (y no tan previsible) de que la confianza de la población en las primeras instituciones democráticas y en sus instrumentos más emblemáticos está bajo mínimos: los partidos políticos, en general, son mal vistos y muchos de sus candidatos son tildados automáticamente de “candidatos occidentales”, de forma despectiva (vid. Tortosa, 2006: 74-76).

Algunos dirían que todas estas cosas las resuelve el tiempo. Al menos en parte. Pero no es precisamente escaso el tiempo necesario para acompañar la lenta evolución de este tipo de procesos (*nation building*, de hecho). Ni en Afganistán, ni en ninguna otra parte. Lo que sucede es que las peculiaridades afganas acrecientan el problema. Así las cosas, tal y como afirma una autoridad en estas lides, “stabilizing and transforming a state is extremely complex, nearly always taking many years or even decades” (Metz, 2007: 16). Entonces, la siguiente pregunta es, ¿realmente se dispone de ese tiempo?

La verdad es que, por diversas circunstancias, el escenario afgano no ha gozado de la prioridad requerida en la agenda de la coalición. Ha ocupado –viene haciéndolo– un dignísimo pero quizá insuficiente segundo lugar, después de Irak. Está claro que los seres humanos no gozamos del don de la ubicuidad. Y el análisis de la situación de Irak, que compromete tantas tropas y medios de todo tipo por parte norteamericana (y británica), extrapola nuestros objetivos. Pero lo cierto es que siete años después del éxito militar inicial, el clima en Afganistán está más enrarecido que al comienzo de esas operaciones. Es más, algunos empiezan a hablar de que existe “un elevado riesgo de marcha atrás” (Yáñez, 2008: 24). Estaríamos inmersos en una inflexión contraria a los intereses que defendían *Libertad Duradera*, ISAF y hasta Naciones Unidas. Estas sensaciones son fácilmente reforzables con números. Un ejemplo: los atentados suicidas con bombas no existieron en el período 2001-2003. En 2004 se documentan sólo 3 y en 2005, 17. A partir de ahí tenemos un punto de inflexión. En 2006 ya se contabilizan 123 y en 2007, llegan a 137. Dadas las noticias que vamos recibiendo sobre la marcha, todo parece indicar que los guarismos de este 2008 todavía por cerrar serán descorazonadoras.

Hay que tener en cuenta que estos guarismos coinciden con la expansión de la misión internacional. La inflexión comentada tiene una explicación fácil. En enero de 2006, la Conferencia de Londres aprueba el “Pacto por Afganistán” cuyo objetivo es ampliar el control de la coalición internacional a prácticamente todo el territorio afgano de acuerdo con un proyecto que venía avalando la OTAN y que, de hecho, ya estaba incluido en el plan de operaciones de la ISAF en 2005. Eso incluye, por vez primera, los territorios más conflictivos. Están ubicados en el sur y el sudeste del país. Para llevar a cabo esta penetración se implementan diversas operaciones que implican de lleno a la ISAF, como es el caso de la operación *Medusa* (zona de Kandahar, desde septiembre de 2006) y la operación *Aguiles* (zona Helmand, desde marzo de 2007). Eso ha llevado a estas fuerzas más allá de lo que hasta entonces había sido su misión de estabilización y reconstrucción. Lo cual ha sido objeto de críticas debido a la confusión generada y a las dificultades de gestión/coordinación inherentes (Aláez, 2006: 52) pero también de críticas de tipo más conceptual, apelando a que la población afgana ya estaría identificando a las fuerzas ISAF como parte de una “operación bélica” de carácter ofensivo (Regueiro, 2007: 72). Algo que podría generar desconfianza incluso en las zonas pacificadas. Con todo, lo cierto es que la escasez de tropas sobre el terreno hizo inevitable la implicación de ISAF en esos operativos. El problema ha sido, una vez más, que siempre se comienza con menos efectivos de los indispensables.

De todas formas, ya se pueden establecer a ciencia cierta algunos comentarios que nos deberían llamar a la reflexión. Principalmente, la constatación de que las mayores cotas de violencia se alcanzaron con la presencia de tropas británicas en la provincia de Helmand, que es la principal productora de opio del país. En efecto, todo parece indicar que los talibanes han flexibilizado su postura en torno al espinoso tema del cultivo de la amapola, al mismo tiempo que la coalición occidental incrementaba su presión sobre quienes la cultivan. A los primeros les conviene seguir esta nueva estrategia dado que además de mantener y hasta reforzar

la aquiescencia de las tribus locales, pueden conseguir una fuente adicional de financiación.

El resultado es que, a pesar de los pesares, muchos pastunes están decididos a seguir apoyando a los talibanes. No parece que los factores ideológicos o teológicos sean decisivos en este caso. En realidad, existen insurgentes cuya motivación es única o básicamente económica. Por eso se ha dicho que “no está muy claro cuando las milicias tribales luchan por apoyar a los talibán o cuando lo hacen por su propio interés” (Calvo Albero, 2007: 4). Algunos van más lejos y señalan, pura y simplemente, que “en Afganistán la historia demuestra que las coaliciones políticas no se crean por razones ideológicas o programáticas. Lo que une y separa es el dinero” (Batalla, 2008: 10). La verdad es que de esto podrían ponerse ejemplos con nombres y apellidos, prácticamente desde los primeros tiempos de la intervención occidental, empezando por el papel jugado por el líder de la minoría uzbeca Dostom (Debay, 2004: 40).

Sea como fuere, la mejor opción que tiene esta amalgama de insurgentes de variopintas motivaciones para poder seguir adelante con sus “negocios” es, precisamente, que el gobierno central baje la guardia (Yáñez, 2008: 30). Esa es una zona de intersección para los intereses de los pastunes más pragmáticos y de los talibanes más fanáticos. Justo lo contrario de lo que están haciendo las fuerzas de la coalición occidental y las nuevas fuerzas de seguridad afganas. Aquí el problema potencial reside en un hipotético realineamiento pastún que pueda tener como “federador externo” (e involuntario, pero no por ello menos eficaz) las políticas de occidente. Sería una pésima noticia para las fuerzas de la coalición. Según parece, algo así ya estaría sucediendo en el interior de Pakistán y, si no se hace nada al respecto, podría extenderse a Afganistán o incluso adquirir una dimensión transfronteriza, en la línea que ya he comentado en el apartado anterior.

En la práctica, por lo tanto, el poder de los talibanes no se basa sólo ni principalmente en sus premisas religiosas. En realidad, los talibanes pueden llegar a ofrecer sueldos muy suculentos (de hasta tres o cuatro veces lo que ganaría un policía afgano) para reclutar insurgentes. En una situación de pobreza generalizada, se trata sin duda de una buena oferta. Quienes se adhieren a esta aventura proceden tanto del interior de Afganistán como de Pakistán. Aprovechando la inercia favorable lograda desde 2006, su tendencia lo es hacia una expansión del conflicto allende sus feudos de la zona sur y sudeste del país, con la mirada puesta en ir reduciendo la presión a la que han estado sometidos por las fuerzas de la OTAN a lo largo de los dos últimos años. Eso puede contribuir a generar un peligroso efecto-rebote, en la medida que aumente la inseguridad en provincias consideradas hasta ahora pacificadas (Pascual, 2007: 50). A su vez, obligará a una dispersión del esfuerzo militar llevado a cabo por las fuerzas occidentales.

Este cúmulo de constataciones contribuye a incrementar la complejidad del conflicto. Pero a decir verdad no constituye ninguna novedad, medida desde el punto de vista académico. Por el contrario, está muy en la línea de lo indicado por Kaldor unos años atrás bajo la etiqueta de “nuevas guerras”, esto es, las consistentes

en un “desdibujamiento de las distinciones entre guerra[clásica], crimen organizado y violaciones a gran escala de los derechos humanos”, lo cual implica una creciente confusión entre actores de naturaleza diversa cuyos objetivos a veces tienen más que ver con la obtención de beneficios privados que con motivaciones de índole más tradicional, como las patrióticas (Kaldor, 2001: 16). Simplemente, Afganistán constituye un caso paradigmático de lo que éstas representan.

Como consecuencia de este proceso, las víctimas causadas por la guerra a lo largo del año 2006 fueron 4.400. En el año 2007 se elevaron hasta unas 6.000 en total, de las cuales 210 eran soldados de los diversos países de la coalición y 700 miembros de las fuerzas de seguridad afganas que fueron profusamente empleadas, precisamente, en las operaciones *Medusa* y *Aquiles*. Asimismo, se viene registrando un preocupante incremento de las víctimas civiles, producto de los daños colaterales originados, entre otros, por los bombardeos de las fuerzas de la coalición (VVAA, 2008: 30-31). Esto ya ha arrancado algún toque de atención desde el gobierno de Karzai. En junio de 2007, el presidente afgano se quejó amargamente de que en sólo 10 días murieran 90 civiles a modo de víctimas colaterales de operaciones militares de la coalición aludiendo un tanto enigmáticamente a que “las vidas de los afganos no son baratas”. En agosto de 2008, el gobierno de Kabul ha decidido investigar la muerte de hasta 76 civiles producidas en similares circunstancias. Pero, al margen de estas puntas, el goteo es incesante. Ni que decir tiene que este hecho puede dañar la legitimidad de las fuerzas occidentales a ojos de los afganos. Tanto de los ciudadanos como de las elites hasta ahora comprometidas con la reconstrucción tutelada del Estado. Además, siempre es posible que una interpretación retorcida de estos sucesos anime a gente perteneciente a los círculos de familiares y amigos de los damnificados a unirse a la causa de la insurgencia. Al fin y al cabo, esto ya ha sucedido en conflictos similares (Metz, 2007: 28). Con lo cual es algo que debería evitarse a toda costa. Sin que eso signifique que sea tarea fácil. Al revés.

Efectivamente, el problema es que los milicianos suelen operar confundidos entre la población civil. Saben que, de facto, la están empleando como escudo humano. Los mandos de la OTAN han reiterado que sus tropas tienen derecho a defenderse frente a grupos armados parapetados de esa forma. Todo eso es cierto y convierte la responsabilidad por estas muertes en una responsabilidad compartida. Sin embargo, estas dinámicas de tipo acción-reacción son exactamente las pergeñadas por los grupos insurgentes, o por los terroristas, como parte esencial de su estrategia de enfrentamiento (v.gr. Kilcullen, 2006: 71). Conviene tenerlo muy en cuenta para extremar las precauciones. Ni que decir tiene que algunas de las bajas civiles causadas en la persecución de elementos hostiles sólo podrían evitarse al precio de poner en peligro más vidas de soldados propios. El dilema (moral) está servido, aunque no es novedoso. Al revés, es un clásico. En este sentido, la sustitución de algunos bombardeos de artillería y/o aéreos por operaciones en las que se comprometan directamente tropas de infantería es la solución que mejor responde a los criterios morales del *ius in bello*. Pero debe admitirse que se trata de una decisión difícil.

Mientras tanto, el conflicto va a mayores. Algunas fuentes calculaban hacia finales de 2007 que las milicias talibán prestas para el combate alineaban entre 8.000 y 10.000 efectivos (Calvo Albero, 2007: 3). El mullah Daddulá manifestó, antes de morir a manos de fuerzas de la coalición en mayo de 2007, que contaba con unos 12.000 (Aláez, 2006: 49). La cuestión es que se sospecha que estas cifras puedan estar aumentando. No en vano, un informe del secretario general de las Naciones Unidas ha reconocido, entre otras cosas, que la insurgencia “está envalentonada tras sus éxitos estratégicos” (Ban Ki Moon, 2007). Estas malas vibraciones no son aleatorias, sino que constituyen el resultado de otros muchos reveses incluidos en dicho informe. Contrarrestar esta tendencia está resultando complicado. Aunque los efectivos occidentales en Afganistán han ido aumentando progresivamente hasta superar los 50.000, las tropas que intervienen en las zonas más conflictivas son, básicamente estadounidenses, británicas, canadienses¹² y holandesas, con alguna presencia rumana.

Dicho con otras palabras, son pocos los Estados que desean comprometerse en operaciones de ese perfil. Esta circunstancia, además de restringir la eficacia del operativo, ha acarreado un efecto político que juega a favor de los insurgentes, esto es, las acusaciones de falta de solidaridad entre aliados occidentales. No es de extrañar, pues, que algunos piensen que “el principal reto de la OTAN en Afganistán no son los talibanes, sino conseguir que sus Estados miembros adopten una postura común a la hora de afrontar la difícil labor encomendada a las fuerzas de la ISAF” (Pascual, 2007: 50) habida cuenta de que “un fracaso occidental no sólo sería un desastre para los afganos, sino también para la OTAN” (Batalla, 2008: 10). O sea que parte del problema está en casa. En la nuestra, me refiero.

La cuestión es que el estancamiento es generalizado. Aumenta el riesgo de atentados y proliferan los secuestros por doquier. El narcotráfico no puede ser controlado. La corrupción entre las fuerzas de seguridad afganas y hasta en el seno del poder judicial es evidente. También se han producido ataques contra profesores y atentados contra centros educativos. Esto último llama la atención, en principio. Pero al final tiene mucha lógica. La insurgencia sabe donde golpea. Si hay algo consensuado entre los expertos en esta materia es que las guerras de insurgencia y contrainsurgencia son guerras por la conquista de los “corazones” de la gente. O, si se desea, por la conquista de las “mentes” de la gente (v.gr. Kitson, 1971: 78; Rosenau, 2007: 17). Ante esa evidencia, la ocupación de un pedazo de terreno puede ser inútil y, si para ello se causa una gran destrucción de vidas e infraestructuras, puede ser totalmente contraproducente. En cambio, lo decisivo es hacerse con la opinión pública local, en vez de tener que enfrentarse a ella. La importancia de estos factores es tal que la diputada Maladai Joya comentaba en junio de 2007 las diferencias existentes entre un hipotético liderazgo estadounidense y una alternativa europea a la hora de afrontar la cuestión educativa mostrándose, dicho sea de paso,

¹² Pero el constante goteo de bajas afecta mucho a la opinión pública de los países occidentales. Por eso, el primer ministro canadiense, Stephen Harper ha evitado tener que convocar elecciones anticipadas prometiendo la retirada de las tropas de su país del Sur de Afganistán (unos 2.500 militares) para julio de 2011.

más favorable a la lógica del viejo continente. El caso es que una intensificación de esas políticas debería ser vista como *conditio sine qua non* para lograr algo relevante a medio plazo.

Por todo ello, algunos observadores son muy escépticos con los escasos réditos de la ofensiva occidental desplegada a partir de 2006 y ya piden un cambio de orientación a través del cual se prioricen las medidas de tipo político sobre las soluciones militares (Suhrke, Strand y Harpviken, 2008: 30). Es una reacción comprensible, porque los resultados no han sido los esperados. Pero no creo que debamos plantear una suerte de juego de suma cero entre medidas militares y medidas políticas. Ambas se refuerzan mutuamente, si son acertadas. Es más, en un escenario como el afgano, las medidas políticas no tienen absolutamente ningún sentido sin un adecuado soporte militar. Al menos por el momento, y seguirá siendo así en un futuro razonable. Precisamente, una de las posibles críticas a la gestión llevada a cabo hasta la actualidad se refiere a la escasa presencia militar sobre el terreno. No a lo contrario. Por lo tanto, habrá que agudizar el ingenio – incrementar las medidas- en ambas direcciones. Otra cosa es que haya que tener muy claro lo que comenta al respecto Steven Metz, a saber, que “stabilization and transformation [...] is a task where the military should be a supporting rather than a supported organization” (Metz, 2007: 80). En ese sentido los comentarios de los expertos noruegos antedichos sí pueden ser aprovechables.

Lo cierto es que en los últimos tiempos, el propio Karzai parece que está tendiendo la mano a ciertos sectores talibanes. En la nueva lógica, un tanto alimentada por las circunstancias, se intenta dividir a los grupos talibanes entre los “radicales” y los “moderados”. Es evidente que esta postrer categoría conceptual puede sonar a *contradictio in terminis*. Pero algunos analistas se han hecho eco de la opinión de expertos británicos, como Michael Semple, según cuyas estimaciones hasta 2/3 de las facciones talibanes estarían dispuestas a colaborar con las fuerzas de la coalición en la búsqueda de una paz duradera. Entiéndase bien: sin que el precio a pagar sea hacerles concesiones del tipo de una vuelta a la situación previa a septiembre de 2001 (Harrison, 2008: 7). En realidad, el hasta hace poco ministro de defensa británico, Des Browne, ya manifestó que aceptaría de buen grado una negociación con esos sectores¹³.

3. Conclusiones

a) [State-building] La lucha por los corazones y las mentes de la gente no opera en abstracto. *Sólo podrá lograrse algún rédito si se logra incrementar la confianza popular en las incipientes instituciones del nuevo Estado. Eso pasa por reducir los actuales niveles de corrupción.* Y esto, a su vez, por incrementar los sueldos de los funcionarios de policía y judiciales nativos. Ni que decir tiene que no deben descuidarse otras terapias más

¹³ Lo que seguramente está en mente de Karzai y de quienes como él defienden esta opción es la negociación con algunos líderes tribales pastún que, ciertamente, están apoyando a los talibanes.

pedagógicas, pero no podemos obviar que éstas operan a largo plazo. Hay que potenciarlas, pero no bastan. Asimismo, es básico que la gente aprecie resultados tangibles a corto plazo en lo que concierne a la mejora de la calidad de vida —muy deteriorada tras décadas regidas por el conflicto armado casi permanente— a lo largo y ancho del país. Desde el principio se ha demostrado que los conflictos que han logrado ser reconducidos a pesar de la presión de la insurgencia han partido de esta base (v.gr. Galula, 1964: 20-22). Por lo tanto, la inversión en esta tarea debe ser más contundente. Queda mucho por hacer en términos de desarrollo económico y social. Un buen trabajo en ese aspecto puede resultar barato a la larga. De hecho, lo caro es tener que mantener *sine die* el despliegue de personas y medios ya existente. Y no sólo en términos estrictamente crematísticos, sino también en lo concerniente al desgaste político que en bastantes casos puede llevar asociado.

b) [Guerrilla financiera] A su vez, hay que tener en cuenta que *las “nuevas guerras” de la globalización no se ganan o pierden sólo ni principalmente sobre el terreno*. Se calcula que Afganistán produce el 80% del opio del mundo. Entonces, es decisivo, por ejemplo, que mejoren los resultados de la persecución del tráfico de estupefacientes en los países que compran a los productores (ya sea como países de tránsito o de consumo). Asimismo, debe incrementarse la presión sobre las finanzas transnacionales que coadyuvan a que grupos guerrilleros ofrezcan el pago de esos sueldos tan elevados. Ya se ha producido alguna cooperación interestatal en la buena dirección. Pero la colaboración de Estados como Arabia Saudita es meramente simbólica, en este apartado. En realidad, además de acrecentar esa presión a través, por ejemplo, de la congelación de cuentas corrientes, se deben tomar otras medidas, porque el problema es mucho más extenso, alcanzando hasta el blanqueo de dinero en el mercado inmobiliario de muchos países occidentales (Napoleoni, 2004). El cerco a quienes fomentan la conexión entre redes de delincuencia organizada y grupos insurgentes y/o terroristas tiene que contar con esta variable¹⁴.

c) [Presión militar] Las operaciones del perfil de la que acontece en Afganistán en la actualidad requieren de la combinación de *fuertes medidas coercitivas y de profundas medidas de ayuda al desarrollo*. Lo importante es recordar que la conjunción empleada es copulativa, nunca disyuntiva. Dicho con otras palabras, no valen los juegos de suma cero entre ambas opciones. Y no es de ningún modo contradictorio que ambas acciones se lleven a cabo al mismo tiempo. Al revés, *la progresiva implementación de medidas sociales relativas a la mejora del bienestar* (sanidad, educación, mejora de las infraestructuras de comunicación y transporte) *implica siempre un incremento proporcional de los objetivos a batir por parte de los insurgentes*. Pueden llegar a convertirse en un auténtico cebo que atraiga atentados y sabotajes. Especialmente en el momento en que están construyéndose. Por eso, si se fracasa en la protección de esos logros, reales o potenciales, y el gobierno afgano da muestras de incompetencia al respecto, todo se puede venir abajo como un castillo de naipes. Entonces, *no es verosímil una*

¹⁴ Blair llegó a plantear, en 2006, la compra de toda la producción de opio afgana, valorada en una cuantía que puede oscilar entre los 3.000 y los 4.000 millones de dólares. Pero la opción no prosperó.

postura que tienda a rebajar la presión militar sobre el terreno para re-orientar la actuación en términos puramente políticos, diplomáticos y/o económicos. De esta manera, lo expuesto en el punto a) no constituye una alternativa a las operaciones militares. Por el contrario, implicará colateralmente nuevos despliegues.

d) [Consenso interno] Precisamente, *el gran problema del conflicto de Afganistán es la parsimonia de muchos Estados occidentales y las notorias diferencias de implicación de que hacen gala casi todos ellos.* El riesgo de entrar en una espiral de comportamientos propios de un *free-rider* es obvio. Evidentemente, puede aducirse que las cuestiones de política interior son un factor de máxima importancia para explicar esto. No sólo no lo discuto, sino que yo iría más lejos: existen cuestiones de tipo sociológico, más estructurales, que subyacen a su vez a esas decisiones de política interior que inhabilitan o al menos limitan la posible contundencia de muchos gobernantes occidentales, deseosos como están de no perder el favor de su electorado. Con ello me refiero a la preeminencia de esos valores a menudo conocidos como posmodernos, que hoy dominan las sociedades occidentales (no sólo ni principalmente a su clase política) y que, por cierto, tan extraños son a la afgana. Pero también, en particular, a la preeminencia del principio de las “cero bajas” propias. Huelga decir que toda esta sensibilidad es muy razonable, medida en términos de ciencia política. Es más, cualquier manual diría que es el comportamiento esperable, o al menos estandarizable, por parte de las elites políticas.

Dicho lo cual, no se puede vivir en la ambigüedad permanente. Ni se debe engañar a nadie. Las cosas claras. Si de verdad se desea afrontar con alguna esperanza de éxito este conflicto, en el que tanto nos jugamos todos, *es preciso redoblar el esfuerzo económico y militar; es necesario asumir que en un futuro cercano habrá más bajas propias (y ajenas); y es necesario que los gobiernos implicados cierren filas al respecto. Cualquier otra opción está abocada al fracaso.* Es sólo cuestión de tiempo. Esta opción (la del fracaso) también es plausible. A corto plazo es hasta más cómoda. Y más económica. Ahora bien, se le debería explicar a la ciudadanía de nuestras sociedades cual sería el resultado previsible. Porque abandonar a su suerte a Karzai puede conllevar un desenlace no muy diferente al que en su día tuvo la retirada soviética. Pero en el caso que ahora nos ocupa el gobierno instalado en Kabul sería de otro perfil, bastante menos previsible en su comportamiento (por decirlo sin aspavientos) que el soviético de antaño.

e) [Relato común/Cemento social] Es preciso tener en cuenta que la lucha por los corazones de la gente no está completamente perdida. Aún no. Pero puede perderse. Porque no se gana sólo con declaraciones de intenciones, ni con buena voluntad. Este aspecto tan delicado debe trabajarse mucho y con tino. Además, he enfatizado suficientemente desde el comienzo de este análisis que la situación étnica afgana es tan variopinta y tan proclive a las escaramuzas intestinas que a uno hasta le resulta difícil pensar que eso que todos llamamos Afganistán exista realmente. La reflexión no es baladí. Porque el reto planteado es reconstruir un Estado (o quizá, simplemente, construirlo). Pero para eso se necesita “cemento social”. No sólo ingeniería constitucional. Pretender que la segunda funcione sin lo primero es tan

ridículo como pretender que se tenga en pie un cuerpo sin esqueleto. Si no lo sujetamos, se caerá.

Esto me recuerda una reflexión de Kilcullen que viene muy a cuento, aunque él la planteaba a un nivel, digamos, más micro (a un nivel táctico, en términos militares). En efecto, alude a que para afrontar estas operaciones es necesario disponer de un “*relato* –una historia o explicación simple, unificadora y fácilmente expresada” (Kilcullen, 2006: 74) que pueda entender el ciudadano de a pie. Incluso podría tratarse de un mito, a condición de que sea capaz de aglutinar adhesiones en derredor suyo. Lo que no es necesariamente cierto es que eso tenga que ser un invento de nadie. La artificialidad acaba siendo superficial e hipócrita. Más bien habría que aprovechar los relatos ya existentes en el lugar y buscar un denominador común. O potenciar los ingredientes que puedan ser más útiles para ganar legitimidad y/o para disminuir la de quienes se oponen al proceso de construcción del Estado. De hecho, podemos plantear esta intuición en formato algo más académico. Dicho en los términos en que lo propone Tönnies, si la *Gemeinschaft* resulta utópica, al menos debería ser posible avanzar hacia una *Gesellschaft*. O hacia algo que se le parezca suficientemente. Es decir, si nadie es capaz de crear una auténtica comunidad afgana que sea digna de tal nombre (desde luego, esas cosas no se improvisan), al menos debería insistirse en identificar, consensuar y divulgar unos intereses afganos transversales que pasen por el respeto compartido a las instituciones democráticas, a ciertos valores liberales básicos -como el pluralismo- y a una economía funcional capaz de ir resolviendo los crónicos problemas de pobreza y subdesarrollo que aquejan al país. Esta es, en definitiva, la mejor arma para ganar la guerra.

f) [Diplomacia intraestatal] Por lo demás, existen resortes en los que apoyarse para lograr una mejora de la situación incluso a corto plazo. Para ello deben manejarse con inteligencia, con generosidad y con auténtico ánimo de mediación -no exento de liderazgo- las variables en juego. Todo ello atendiendo a la distribución étnica cuya complejidad he mostrado desde los primeros párrafos de este análisis. Después de mucho tiempo, los hazaras todavía temen a los talibanes y por ello se ocultan en lugares desérticos, sin agua ni víveres (Tortosa, 2006: 80). Aunque se repita hasta la saciedad que los pastunes son la etnia mayoritaria, lo cierto es que estamos ante una mayoría relativa (el resto de etnias suman más del 60% del total afgano, y sólo los tadjikos se acercan al 25%). Mayoría precaria que, además, mantiene importantes grietas internas. Un ejemplo tan sencillo como significativo: el propio Karzai es un pastún de la tribu Durrani. El mullah Omar, por ejemplo, es un pastún de la rama Ghilzai. En esta línea, algunos apuntan que la solución no tiene por qué ser la que pasa por incentivar el enfrentamiento entre ambos grupos. Por el contrario, podría ser más inteligente cooptar personajes destacados de entre los pastunes ghilzai con el fin de que colaboren activamente en el gobierno de Kabul. Todo ello sin descabalar a los tadjikos, sino simplemente reequilibrando la situación y procurando generar mayores sinergias entre todos esos colectivos (Harrison, 2008: 7-8). En cambio, sería adecuado ir aislando progresivamente a los actores demasiado imbricados en la delincuencia organizada.

Bibliografía

- Aláez, Octavio (2006). “La reconstrucción de Afganistán”, en *Boletín de Información del CESEDEN* n° 296. Ed. Ministerio de Defensa, Madrid, pp. 43-53.
- Ban Ki Moon (2007). *Informe del Secretario General de las Naciones Unidas “La situación en el Afganistán y sus consecuencias para la paz y la seguridad internacionales”* (A/61/799-S/2007152-15 de marzo).
- Batalla, Xavier (2008). “La solución afgana”, en *La Vanguardia* (8 de marzo).
- Calvo Albero, José Luis (2007). “¿Por qué empeora la situación en Afganistán?”, en *Athena Intelligence Occasional Paper* n° 14, pp. 1-14.
- Cornell, Svante E. (2008). “Estados Unidos y las cuestiones energéticas y de seguridad en Eurasia”, en González, Alex y Claudín, Carmen (eds). *Asia Central y la Seguridad Energética Global*. Ed. CIDOB, Barcelona, pp. 179-200.
- Debay, Ives (2004). “OPA norteamericana sobre Afganistán. El Gran Juego continúa”, en revista *Defensa*, n° 320 (diciembre), pp. 36-40.
- Galula, David (1964). *Counterinsurgency Warfare: Theory and Practice*. New York: Frederic A. Praeger Publisher.
- Harrison, Selig. S. (2008). “Pastunistán: un desafío para Pakistán y Afganistán”, en *ARI* n° 38, Real Instituto Elcano, Madrid, pp. 1-8.
- Kaldor, Mary (2001). *Las nuevas guerras. Violencia organizada en la era global*. Tusquets editores, Barcelona.
- Kilcullen, David (2006). “28 artículos: fundamentos de la contrainsurgencia”, en *Military Review* (sept-oct), pp. 66-77.
- Kitson, Frank (1971). *Low Intensity Operations: Subversión, Insurgency, Peace-Keeping*. London: Faber and Faber.
- Metz, Steven (2007). *Learning from Iraq: Counterinsurgency in American Strategy*. Strategic Studies Institute (SSI). US Army War College, Carlisle.
- Napoleoni, Loretta (2004). *Yihad. Cómo se financia el terrorismo en la nueva economía*. Ed. Urano, Barcelona.
- Pascual, José (2007). “Afganistán: la OTAN se enfrenta a su último reto”, en revista *Defensa*, n° 348 (abril), pp. 44-50.
- Regueiro, Raquel (2007). “La evolución de la fuerza de asistencia para la seguridad en Afganistán (ISAF) (2001-2007)”, en *Boletín de Información del CESEDEN* n° 300. Ed. Ministerio de Defensa, Madrid, pp. 61-74.
- Rosenau, William (2007). *Subversión and Insurgency*. Ed. RAND&Nacional Defense Research Institute.
- Suhrke, Astri; Strand, Arne y Harpviken, Kristian B. (2008). “Nueva maniobra en Afganistán”, en *La Vanguardia* (27 de febrero).
- Tortosa, M^a Amparo (2006). “Afganistán; descubriendo la democracia”, en *Boletín de Información del CESEDEN* n° 297. Ed. Ministerio de Defensa, Madrid, pp. 69-83.
- Vilanova, Pere (2006). *Orden y desorden a escala global*. Ed. Síntesis, Madrid.
- VVAA (2008). *Informe sobre conflictos, derechos humanos y construcción de la paz*. Ed. Icaria, Barcelona.
- Yáñez, Francisco M. (2008). “La estabilidad en Afganistán”, en revista *Ejército*, n° 806 (mayo), pp. 24-32.

Remisión de artículos para su publicación en Athena Intelligence Journal

Instrucciones para los autores:

- Athena Intelligence Journal admite artículos originales que traten sobre seguridad y defensa. Pueden enviarse trabajos centrados por ejemplo en los siguientes temas: conflictos armados, terrorismo, inteligencia y seguridad, fuerzas armadas, riesgos y amenazas a la seguridad internacional, etc.
- Los trabajos se enviarán a la dirección publications@athenaintelligence.org. Una vez recibidos se enviará una copia anónima del artículo a dos evaluadores externos. La respuesta positiva o negativa se realizará en un plazo aproximado de tres semanas desde su recepción

Normas de presentación de los artículos:

- Pueden estar escritos en inglés o en español
- Los artículos han de tener una extensión mínima de 8.000 palabras y máxima de 15.000 (incluyendo la bibliografía)
- Deben estar escritos a un espacio, en letra Garamond tamaño 13, y con un espacio de separación entre párrafos
- Pueden contener gráficos y tablas insertados dentro del texto
- Además del texto debe enviarse un resumen no superior a 150 palabras en inglés y en español, más 5 ó 6 palabras clave en inglés y español
- También se adjuntará una breve biografía del autor que aparecerá en el documento. Si lo desea, el autor puede incluir su e-mail para que los lectores interesados se pongan en contacto con él.
- Los artículos pueden estar divididos en epígrafes y subepígrafes hasta un tercer nivel. El primer y segundo nivel irán numerados en arábigo, negrita y minúsculas, y el tercer nivel en arábigo, minúsculas y cursiva sin negrita.

Estilo de las referencias bibliográficas (se colocarán en notas al final del documento):

- *Artículos*: Shaun Gregory, "France and the War on Terrorism", *Terrorism and Political Violence*, Vol.15, No.1 (Spring 2003), pp.124-147
- *Libros*: Peter L. Bergen, *The Osama bin Laden I Know*, (New York: Free Press, 2006)
- *Capítulos de libro*: Mohammed M. Hafez, "From Marginalization to Massacres. A Political Process Explanation of GIA Violence in Algeria", Quintan Wiktorowicz, (ed.) *Islamic Activism. A Social Movement Theory Approach*, (Bloomington & Indianapolis: Indiana University Press, 2004), pp. 37-60

Recensiones de libros:

Athena Intelligence Journal admite la publicación de recensiones de libros relacionados con la temática de la revista. Su extensión no superará las tres mil palabras y serán enviadas por e-mail a la dirección: publications@athenaintelligence.org. También pueden enviarse libros para su recensión al Comité Editorial de la revista. La dirección postal para el envío de libros es: Prof. Dr. Javier Jordán. Departamento de Ciencia Política y de la Administración. Universidad de Granada. C/Rector López Argüeta, 4. 18071-Granada (España)